

El Correo del Comercio.

Diario de Política, Literatura, Industria, Comercio, Artes, Medicina, Tribunales, Agricultura, Minería, Mejoras materiales, Teatros, Modas, Avisos,
y cuyo principal objeto será sustentar los intereses del Comercio y de todas las Municipalidades de la República.

Segunda Epoca.

MEXICO.—SABADO 28 DE DICIEMBRE DE 1872.

Número 569.

CONDICIONES.

Este periódico se publica todos los días, excepto los lunes, á las seis de la mañana.
Suscripción en la capital, llevada á domicilio, por mes adelantado, UN PESO.—Fuera de ella, franco de porte, suscripción adelantada, UN PESO VENTICINCO CENTAVOS.—100 ejemplares á los repartidores, TRES PESOS.—Número sueltos en México, seis y cuarto centavos.
Los avisos y comunicados de interés particular se insertarán por precios convencionales.
La administración está en el despacho de esta imprenta, Calle de Cordobanes número 8.

“EL CORREO DEL COMERCIO.”

REDACCION.

Parte política

Ignacio M. Altamirano.
José M. Lozano.
Hilario Frías y Soto.
José M. Gutiérrez Zamora.

Comercio,

Industria, Mejoras materiales

Manuel Tornel.

Revista de la semana

Gustavo G. Gostkowski.

Teatros, gaceta, variedades

José M. Gutiérrez Zamora.

SECCION RELIGIOSA.

1872.—DICIEMBRE.

Sábado 28.—Los Santos Inocentes mártires y San Eutiquio presbítero.

FASES DE LA LUNA.

Sábado 30.—Conjunción á las doce de la noche.—Fuerte frío.

Turno de los jueces en la Diputación

Hoy.—Juez 1º Lic. Joaquín Escoto.

LA REDACCION DE “EL CORREO DEL COMERCIO”

TIENE EL HONOR

DE PROPONER A SUS CONCIUDADANOS

COMO CANDIDATO PARA LA PRESIDENCIA

DE LA SUPREMA CORTE DE JUSTICIA,

AL C LIC JOSE M. IGLESIAS.

El Correo del Comercio.

MORALIDAD.—TRABAJO.

Vamos á escribir sobre un tema que se presta á mil serias reflexiones, á infinidad de lógicos pensamientos, y que tiene gran significación y no menor importancia para un país que como México, comienza apenas á entrar, por mas que los optimistas asienten lo contrario, en el sendero por donde marchan las naciones verdaderamente civilizadas.

Teóricamente bien puede decirse que nuestro país está en la vía del progreso, pero solo en teoría: es cierto que la jóven República ha conquistado en otras luchas desde su independencia, y á costa de raudales de sangre, los grandes principios políticos, sociales y reformistas con que se puede ufamar, es cierto tambien que esas mismas conquistas la colocan en el rango de los pueblos libres, en el predicamento de las naciones que aspiran á la respetabilidad en el exterior y á la estabilidad y firmeza en el interior, pero no es menos cierto por desgracia que en punto á obras utilitarias, en el terreno práctico, México todavía no es ni con mucho lo que debe llegar á ser porque así lo reclaman imperiosamente el espíritu progresista de la época, la posición geográfica en que está colocado y sobre todo, los elementos inmensos, pero inexplorados aún, con que la sabia y próspera naturaleza quiso dotarlo.

Las dos palabras que sirven de título á este artículo encierran todo un programa para el presente, todo un mundo de legítimas aspiraciones y de incalculables beneficios para el porvenir. Las democráticas instituciones que nos rigen son ya una sólida garantía para la patria, pero esas instituciones deben consolidarse mas y mas con la moralidad, base del bienestar y del adelanto, con el trabajo, veneno imago-table de la riqueza pública.

Por lo demás, y como antes hemos dicho, no se puede negar que México avanza, pero muy lentamente, hacia el progreso: sin contar con la muy próxima terminación del primer ferrocarril de la República, puede citarse como ejemplo el inoperado desarrollo de las pulquerías. Por muchos motivos habrá merecido bien de la patria el año que está á punto de concluir, sin contar con los beneficios políticos de que

le somos deudores; no se debe hacer punto omiso del aumento prodigioso de los establecimientos en que la embriaguez se ha puesto al alcance de todos los bolsillos. Ya concluyó el tiempo en que la pulquería relegada á los barrios excéntricos, ofrecía á sus parroquianos por todo adorno un mostrador, dos lianas, seis vasos y una pintura mural que representaba por lo comun los amores de Daphnis y Cloé, ú otros; todo eso pertenece ya á la historia antigua. Hoy en el centro de la ciudad, en las calles reputadas de elegantes, es en donde se pavonean esos expendios de vino de maguay; allí se ven mesas de mármol, vasos de Bohemia, bandejas de plaqué de Cristóphle, y se oyen los sonidos desacordes de un pobre piano retirado, que no vuelve en sí de asombro al ver terminar su borrascosa vida en semejante lugar. Tambien las muestras han variado: ya no son «Al retorio del maguay,» á los «Palques finos de Xalpa,» ni á «La vencedora del neutle,» hoy cada título es un largo poema: «Al templo de Sileno,» «A las delicias de Baco,» «A la union de las naciones,» «A la ilustracion del siglo XIX,» «A la destruccion de Troya,» ¿qué mas? ya se sirven helados, lo cual es una tierna prevision de esos empresarios que rara vez tienen el dolor de ver vacíos sus salones. No se puede dudar que la licencia concedida á las pulquerías para instalarse hasta en las calles de Plateros, tuvo por móvil el exagerado sentimiento de la libertad y de la igualdad. Seguramente el legislador pensó que no había razon para prohibir las pulquerías donde se permiten los cafés, bar-rooms, etc. El principio no puede haber cosa mas justa, pero en el hecho no puede ser mas immoral.

Repitose en todos los tonos, y cien veces al día, que es preciso moralizar al pueblo y que es necesario inspirarle sentimientos de trabajo, de moralidad, de orden y de economía, y para obtener tan bellos resultados vemos que se autorizan cien loterías á cual mas insensatas, por mas que estén bautizadas con nombres mas ó menos santos, y que se proteja la erocion de un templo á Sileno, quien por mas que haya sido maestro de un Dios, nunca se ha visto proclamado patron de los borrachos de agua.

En un país como el nuestro, en que todos los esfuerzos de la legislación, y

sobre todo, de la administracion y de la policía, deben tender á desterrar el ócio y á crear al pueblo necesidades, con el fin de que aprenda á trabajar para satisfacerlas, vemos con tristeza que lejos de eso se fomenta la ociosidad, se protege el vicio y se hace todo lo que no debería hacerse.

Seamos lógicos ó cuando menos seamos francos. ¿Queremos ó no queremos moralizar al pueblo? ¿Si? Pues entonces á riesgo de disgustar á algunos propietarios de maguayes, y á todos los concesionarios de loterías, suprimamos, ó cuando menos reduzcamos esas dos formas disimuladas del estímulo á la pereza y de la excitacion al vicio. Bien sabemos que se invocará la libertad de comercio, ¿qué importa si se le sobrepone un interés mayor? Ese mismo pueblo, que hoy gritará si se le cierran sesenta y cinco pulquerías de cada ciento, y si se le prohíbe el albur en que busca seiscientos pesos con una peseta, mañana será el primero en reconocer el servicio que se le prestó, mayormente cuando por cada diez Templos de Sileno que se le cierran se le abra un taller, que es el verdadero Templo del trabajo, y cuando en vez de dar centavos á cambio de billetes de lotería, reciba tostones á cambio de los artefactos que construya. No nos paguemos eternamente de palabras como igualdad y libertad, muy bonitas por cierto pero con la condicion expresa que han de producir buenos resultados. Libertad é igualdad en la práctica, no solo en la teoría. Hay por desgracia gentes que todo lo sacrifican á la frase ó á la palabrita sonora, sin cuidarse del resultado: esos son los que dicen con toda formalidad: «perozca el mundo pero sálvese el principio,» y no retroceden ni ante la libertad del vicio, ni ante la igualdad de la miseria.

¿Queremos moralizar al pueblo? Prediquemos constantemente las doctrinas del bien y de la honradez, proctremos que no sean estériles nuestros esfuerzos y que esas doctrinas se propaguen, se difundan, y sobre todo se practiquen por las masas; sembramos en el corazón de los ciudadanos las semillas fructíferas del amor al trabajo y á la instruccion, á la instruccion que es la base fundamental de la felicidad de los pueblos, al trabajo que debe ser la sola aspiracion del hombre honrado.

La época es propicia, el momento se presta, aprovéchmoslo y manos á la

obra. El pueblo mexicano como es sufrido es dócil; hoy su espesa y espontánea voluntad ha llamado bajo los doctores de la República al hombre-estado que puede y debe labrar la dicha del país, todos los ciudadanos patriotas y de buena voluntad lo rodean para cooperar con él á la grande obra de la reconstruccion patria, hagamos un esfuerzo supremo, depositemos cada uno de los mexicanos nuestro óbolo de honradez para que romezca cada vez mas la confianza en el extranjero, y nuestro gran debera para reedificar sobre perdurables cimientos el grandioso edificio social.

México puede llegar á no necesitar de nada ni de nadie, como Medea puede bastarse á sí mismo, y dar á las demás naciones algo de lo mucho que le sobra. En la inmensa estension de la República, hay campos feracísimos pero sin cultivo; tenemos en ella los climas de las tres zonas, y los productos de los tres reinos de la naturaleza; el país por su posición topográfica se tiene entre dos mares, como el estacion de oro purísimo que cierra la cadena de los continentes oriental y occidental; el istmo de Tehuantepec brinda fácil paso á los marinos de Levante para navegar del Atlántico á los mares del Pacífico; nuestro Pa aloápan puede rivalizar con el Rio de la Plata de la República Argentina, y nuestro Bravo con el Mississipi de la Union Americana; tenemos inmensos bosques vírgenes que como los sagrados del Líbano abundan en cedrales y demás maderas preciosas; tenemos criaderos auríferos y argentíferos, minas de diamantes á cuyo lado las de Ofir y Góconda son una quimera, por ú timo, riquezas incalculables. Fabulosas, verdaderamente fébricas, ¿qué nos falta para aprovecharnos de ellas? ¿qué necesitamos...? Trabajo, paz, orden, moralidad, economía, y sobre todo buena voluntad! Corramos el oido para siempre á las angustias de la guerra civil, llamemos á nosotros la colonizacion extranjera, hagámonos dignos por nuestras virtudes del título honorífico de hombres libres, y bendiciendo al Dios de las naciones que ha prodigado tan liberdamento en nuestra patria sus incalculables beneficios, saludemos la aurora del porvenir y sea nuestra consigna de lo ha la vida la de último día de Severo: PLANOUREMUS!

JOSE M. GUTIERREZ ZAMORA.